

A black and white photograph of Bohumil Hrabal, an elderly man with thinning hair, wearing a dark, long-sleeved shirt. He is seated at a table, looking directly at the camera with a neutral expression. The background consists of vertical wooden paneling.

MONIKA ZGUSTOVA

Los frutos amargos del jardín de las delicias

Vida y obra de Bohumil Hrabal

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Aunque nacida en Praga, Monika Zgustova reside desde los años ochenta en España. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de seis novelas entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *Jardín de invierno*, muy elogiada por la crítica y *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año. Su obra se ha traducido a nueve idiomas, entre ellos inglés y alemán, con cuatro de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.

Esta es la primera y la más publicada de las biografías de Bohumil Hrabal. Su autora, Monika Zgustova, le conoció personalmente en 1987, cuando empezó a traducir su obra al castellano y al catalán. De las horas pasadas con él y su esposa en su casa de Kersko o en su piso de Praga, o compartiendo cervezas con él y sus amigos en la cervecería El Tigre de Oro, pero sobre todo de la inmersión en su obra para traducirla, nace esta biografía completada con años de investigación en archivos públicos y privados checos.

La primera versión de *Los frutos amargos del jardín de las delicias* fue publicada en 1997 y Zgustova pudo entregar el primer ejemplar a Hrabal cuando este se encontraba ya en el hospital, unas semanas antes de su muerte. Posteriormente, se ha publicado en checo, alemán, húngaro, polaco y croata, además de en castellano y catalán.

Como dijo en una intervención en la Filmoteca de Madrid el cineasta Jiří Menzel, ganador de un Oscar por su película *Trenes rigurosamente vigilados* basada en la novela hrabaliana del mismo título, «este es un libro bello y lúcido que capta el humor, la vitalidad y la filosofía de Hrabal. Aparte de conocer cosas que hasta ahora ignoraba, he disfrutado mucho con este libro que es a la vez legible y profundo y que recomiendo sin dudar a todo aquel que quiera saber cómo era el hombre que fue mi amigo».

«Una mirada altamente recomendable al universo cultural de Centroeuropa. Un libro que no pretende sustituir la lectura de la obra de Hrabal sino despertar el interés en ella, complementarla y enriquecerla. Monika Zgustova ha escrito un libro excepcional.»

JOSÉ ANTONIO MILLÁN, *El País*

«Un libro que merece ser leído no solo como una biografía profunda y refrescante a la vez, sino también como un repaso a las influencias que alimentaron la obra de Hrabal y un recuento detallado de la evolución de su obra a lo largo de los años.»

IGNACIO VIDAL-FOLCH, *La Vanguardia*

«Monika Zgustova salió airoso de su difícil tarea de descifrar la personalidad de Hrabal, enmascarada en su obra por muchas autoestilizaciones; su inspirada biografía está escrita bajo la magia del verbo de Hrabal.»

HANS CHRISTIAN KOSLER, *Neue Zürcher Zeitung*

PRÓLOGO

*Leyendo Los frutos amargos
del jardín de las delicias*

Durante más de tres décadas fui amigo de Bohumil Hrabal. Cuando nos encontramos por primera vez, él me doblaba la edad. Tuvo una vida rica en experiencias: se dedicó a las profesiones más diversas, sufrió la guerra y los excesos del estalinismo de los años cincuenta. Su mirada sobre la vida era serena y sabia; en comparación con él, yo, un muchacho de buena familia burguesa que nunca dejó de protegerme, sabía muy poco sobre la vida y sus recovecos. A pesar de ser un director de cine con los estudios acabados, al lado de Hrabal no fui más que un niño ingenuo.

Durante nuestra primera conversación le planteé una cuestión que me daba vueltas por la cabeza: ¿por qué sus textos, sin perder el sentido del humor, están poblados de catástrofes, heridas y accidentes, o sea de acontecimientos de los que las personas débiles como yo generalmente apartan la vista? ¿Cómo es que al leer sobre esas tragedias se me llenan los ojos de lágrimas y al mismo tiempo hay algo en ellas que me hace reír? ¿Cómo es que no puedo dejar de sonreír ante lo funesto y penoso en su obra, y a pesar de ello no tengo la sensación de ser un cínico? Él me contestó que las catástrofes, las tragedias y la muerte forman parte de la vida, son la otra cara de la moneda y si no las advirtiéramos no podríamos apreciar el hecho de vivir y alegrarnos de él lo suficiente.

Fue toda una lección, y la convertí en una especie de estribillo que me acompañó en mis años venideros. Durante décadas tuve la oportunidad de encontrarme una y otra

vez con Hrabal y aprender que esta filosofía suya fue el hilo rojo que atravesaba toda su obra: uno puede imponerse sobre todo lo malo y terrible que le trae la vida, hasta puede triunfar sobre la muerte, mientras no se deja quebrantar. Esta era la sabiduría y la madurez hacia la que me iba acercando con la ayuda del escritor, lentamente, con dificultad y a trompicones.

Hrabal describió muchos horrores y bestialidades de la vida sin asomo de depresión o desesperación; al contrario, nos enseñó a prepararnos para aguantar sus durezas sin perder el sentido del humor. Su amor por la vida fue sobrio: no la separaba de la muerte; y su amor por la gente estaba desprovisto de cualquier sentimentalismo: amaba a las personas tales como eran, con sus fallos y sus vicios.

De las interminables habladurías que se oyen en las tabernas, que para mí no eran sino un montón de palabras, Hrabal fue capaz de extraer unas verdaderas perlas de la sabiduría y del conocimiento. Sus ojos de diamante veían a los seres humanos desde un prisma de afecto auténtico y nada fingido, aunque desprovisto de cualquier sensiblería.

Durante los últimos años de su vida, yo no buscaba su compañía con demasiada frecuencia. Le tenía miedo. El escritor solía dar la bienvenida a sus visitantes mandándolos al diablo y, a mí, esto me costaba soportarlo. En cambio, una vez se tranquilizaba, me dispensaba palabras amables y se disculpaba diciendo: «No es que yo sea tan malo. Lo malo es mi enfermedad». Su dolencia le humillaba. Era un hombre y le costaba aceptar el poder que el dolor tenía sobre él y la propia impotencia de cara a la enfermedad; era por eso que se refugiaba en una especie de fanfarronería. Rechazaba cualquier expresión de lástima y de compasión con una fingida brutalidad, bajo cuya superficie ocultaba su timidez. Temía que la enfermedad podría romper su fe y luchaba contra ello a su manera. En las horas de soledad, cuando lo que le quedaba por compañía eran sus dolores, reflexionaba sobre la muerte. Lo sé bien.

En el último año de su vida dejó de escribir y su vida se convirtió en un monótono ritual diario. Por la mañana se iba en autobús de Praga a su casa de campo en Kersko para dar de comer a sus gatos; se quedaba allí hasta la tarde, descansando al lado de la estufa para paliar el dolor. A media tarde regresaba a la capital y aparecía en El Tigre de Oro, la conocida cervecería praguense, para pasar unas horas con sus amigos. Por la noche se refugiaba en la soledad de su piso, en una casa de paneles prefabricados, miraba la tele y esperaba que llegara el anhelado sueño. Hacía todo eso con unos incesantes dolores en los pies, la espalda y la cabeza. El sufrimiento, que le ahogaba, había convertido a ese apasionado de la vida en un ser indiferente hacia su entorno.

Solía visitar a Bohumil Hrabal en el hospital en el que estaba ingresado durante el último tiempo de su vida. No se alegraba: sufría y estaba solo.

El último día que fui a verle, él seguía con su dolencia pero sonreía y se le veía tan feliz como no lo había estado desde hacía tiempo. Con enorme satisfacción me enseñó el libro de Monika Zgustova, aún sin traducir al checo. Lo abrazaba y lo apretaba contra su pecho, luego hojeaba el libro una y otra vez. Estaba tan eufórico como, años atrás, en las fiestas sibaritas que organizaba en su casa de campo. Nunca había sido un hombre vanidoso, pero el libro le llenó de júbilo. Sobre todo por tantas cosas nuevas que aprendió sobre sí mismo.

Más tarde pude leer la biografía en checo. Qué curioso, pensé: Monika conoció a Hrabal ya de mayor, y el resto lo aprendió sobre él a través de su obra. Y aun así, su biografía me descubrió muchas facetas del escritor que no solo ignoraba sino que no sospechaba ni por asomo que existieran, a pesar de haber sido su amigo durante largos años. Y es que Hrabal era en apariencia duro y masculino; en cambio, en compañía de las mujeres solía volverse una persona suave y algo más abierta. Y Monika no solo es atractiva,

sino que posee una inteligencia especial. Tal vez es gracias a esa intuición femenina, además de su excepcional perceptibilidad, que el libro que tienen en las manos es mucho más que un mero análisis literario o un simple estudio biográfico de un autor conocido. Se trata de una verdadera inmersión en el alma de un hombre extraordinario realizada a través de una sensible mirada de muchacha.

Jiří Menzel
Octubre 2013

Nota

Este libro es fruto, principalmente, de las conversaciones y entrevistas que mantuve con Bohumil Hrabal. A lo largo de los cuatro años que duró la preparación de este texto, me reunía con él en su casa inmersa en los bosques de Kersko o, más a menudo, compartía sus cotidianos ratos en las cervecerías del barrio antiguo de Praga. La mayoría de las citas y de los datos, los recogí, pues, de boca del mismo Hrabal. Otras citas están extraídas de las «Obras completas de Bohumil Hrabal». El resto de las obras consultadas figuran en la correspondiente bibliografía al final del libro.

Además de dar las gracias a Bohumil Hrabal, quisiera agradecer el hecho de haberme proporcionado informaciones inéditas, que me fueron muy útiles, a Věra Sýkorová-Marysko, Susanna Roth y Jiřina y Josef Zumr; a Josef Hirřal, Vladimír Karfík, Karel řiktanc y Tomáš Mazal, además de los antes citados, por haber leído el texto entero y, con sus correcciones y sugerencias en cuanto a los hechos y al estilo, haberme ayudado a elaborar la versión final del presente libro; a Jiří Kolář, Jan Vladislav, George Gibian, Marie y Vladimír Vodička, Claudio Poeta, Václav Kadlec, Madla y Ludvík Vaculík y Andrea Pilařová por su ayuda en numerosos aspectos a la hora de preparar este texto; a Jiřina y Josef Zumr, Věra Sýkorová-Marysko y Tomáš Mazal por haberme proporcionado fotografías de su archivo.

Agradecimientos cordiales a April Gifford, con quien pasé un día maravilloso en Washington, mientras ella me contaba su historia con Hrabal.

M. Z.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El hombre con el cubo de estiércol

Es el día primero de mayo, a principios de los años cincuenta. La pequeña ciudad de Nymburk –como todos los pueblos y todas las ciudades de esa parte de Europa que, unos años atrás, se convirtieron en comunistas– celebra la Fiesta del Trabajo. Los obreros de las fábricas, los empleados de las empresas estatales, endomingados, se han puesto en filas y marchan por las calles adornadas para la fiesta con flores de papel y banderitas checoslovacas y soviéticas. Los escolares y los estudiantes cierran la procesión, todos vestidos con los uniformes de la juventud comunista: camisas azules o blancas, pañuelos rojos de tres puntas atados al cuello.

La procesión pasa por la avenida principal, después gira a la derecha; y entonces, de repente, un extraño caos se introduce en el orden rígido de las filas, las muchedumbres susurran, señalan algo con el dedo, sonrían, los niños y los estudiantes se tronchan de risa y dan saltos para ver mejor: de una bocacalle acaba de salir un hombre vestido con una camisa de cuadros, un mono y un casco de obrero; del extremo de un largo palo, que lleva apoyado en el hombro, cuelga un cubo que desprende un insoportable hedor a excrementos: el hombre está limpiando el pozo de la letrina y se lleva la porquería. Lentamente, el cubo procede al encuentro de los ciudadanos vestidos de fiesta, se balancea de un lado a otro, y los participantes de la procesión se olvidan de agitar las banderitas y las flores de papel; con la boca abierta miran el cubo apestoso y, mareados, se hur-

gan los bolsillos buscando un pañuelo. Como si estuviera solo en el mundo, el hombre con el cubo en lo alto da la vuelta a la esquina y se aleja, majestuosamente, llevando su carga al campo. Como se arrastra la cola del traje de un rey, un velo apestoso sigue al hombre del cubo: su extraña sombra. Él también celebra su fiesta particular: limpiar la letrina y transportar los excrementos representa para él una especie de misa filosófica; en ella, él es el sacerdote que rinde homenaje al ciclo de la vida, trajinando lo humano allá de donde surgió. Lleva a los campos un cubo tras otro y, sin prisa, vierte ceremoniosamente su contenido sobre la tierra como abono. Se deleita ante la belleza de su rito anual y, en aquel instante, hasta la condición humana con sus metamorfosis le parece sublime.

El hombre que cada año, el día primero de mayo, limpia el pozo negro de la letrina y luego lleva los excrementos nauseabundos en un cubo al campo es Bohumil Hrabal.

Primera parte

La luz

Mucha luz: alguien coge a un niño pequeño por los codos, lo levanta, lo sube más y más, hasta llevarle adonde el niño nunca había estado, la cara del desconocido se vuelve cada vez más grande, llega a convertirse en terrorífica... y de plena desesperación, el niño, en defensa propia, con todas sus pequeñas fuerzas golpea ese rostro extraño...

Una mañana soleada y sonriente en la habitación del niño; a través de la ventana entreabierta, la brisa juguetona hincha las cortinas de encaje; al niño le gusta esa luz y ese silencio. De repente en la ventana aparece una mano, abre la ventana un poco más y deja en el alféizar un objeto verde; el niño pequeño de un añito se asusta y llama a su abuela, quien coge el pequeño paquete verde y lo abre para enseñárselo al crío bañado en lágrimas: es un trozo de mantequilla, envuelto en una hoja de parra. Dos veces a la semana el niño espera, divertido, lleno de curiosidad y algo asustado, la aparición de la gordita mano de mujer y del objeto misterioso cubierto por una hoja de parra.

El sol despierta al niño, que abre los ojos, oye voces, gritos, los pesados pasos de unas botas con espuelas. Se frota los ojos, se acerca a la ventana y en la calle ve un grupo de hombres uniformados; son soldados que rodean una fuente, el agua brolla y chisporrotea con el sol, los militares

se acercan a ella, cogen esos colores de arcoíris en las palmas de la mano y se los echan en la cara, en el pelo, en la nuca, y luego, completamente mojados, se ponen en fila y suben al campo de ejercicios... y el niño se enamora de esas gotas resplandecientes, se sumerge en ellas, el agua le hechiza, desde la primavera hasta el otoño se baña en el río... el agua y la luz... el agua y el sol... el agua y el fuego...

De las entrañas de la cuna el niño ha salido tambaleándose al patio soleado con un florero de cristal, grande y pesado, en los brazos. Con gran esfuerzo lo levanta para contemplar su brillo contra el sol, cómo reluce la luz en el cristal tallado y se multiplica. Y en ese instante ve a su madre que corre casi doblada hacia delante con los brazos estirados para coger el florero; y es entonces cuando el niño suelta ese florero resplandeciente, que se hace añicos contra el suelo de cemento del patio... Mamá, ¡pum!, dice.

«Con el dedo señalo mi máscara»

Roland Barthes

Un día de la primavera de 1914, los periódicos escribieron sobre un acontecimiento político de máxima importancia: en Terst, el emperador de Alemania, Guillermo II, se había reunido con el archiduque austríaco, Francisco Fernando. El imperio alemán se preparaba para probar su suerte bélica. Soñaba con conquistar el mundo y la Primera Guerra Mundial se dibujaba en el horizonte. Ese día, un 28 de marzo, había nacido él, de madrugada.